





**ORIANA
FALLACI**

**LAS RAÍCES
DEL ODIO**

**MI VERDAD
SOBRE EL ISLAM**

A



**ORIANA
FALLACI**

**LAS RAÍCES
DEL ODIIO**

**MI VERDAD
SOBRE EL ISLAM**

Fallaci, Oriana

Las raíces del odio : mi verdad sobre el Islam / Oriana Fallaci. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2016.
512 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Elena Márquez ... [et al.]
ISBN 978-950-02-9895-7

1. Ensayo Político. 2. Literatura Italiana. I. Márquez, Elena, trad. II. Título.
CDD 854

Las raíces del odio. Mi verdad sobre el Islam

Autora: Oriana Fallaci

Título original: *Le radici dell'odio. La mia verità sull'Islam*

Traducción: Elena Márquez, Isabel Prieto, Miguel Sánchez, José Manuel Vidal,
María Cruz Pou y Antonio Samons
©2015 RCS Libri S.p.A., Milan

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina
© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elateneco.com – www.editorialelateneo.com.ar
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

1ª edición: junio de 2016
ISBN 978-950-02-9895-7

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en junio de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

| | |
|---|-----|
| PRIMERA PARTE. <i>Mujeres sin velo</i> | 9 |
| Una guerra que acaba de comenzar | 11 |
| Mujeres sin velo | 26 |
| Las mujeres han perdido el sentido de la decencia..... | 38 |
| SEGUNDA PARTE. <i>Los profetas del terror</i> | 55 |
| Si matas a mis hijos yo mataré a tus hijos | 57 |
| Una noche con los guerrilleros de Al Fatah | 78 |
| Yasser Arafat. No odiamos a los judíos, odiamos a los israelíes. | 98 |
| Faruk al-Jadumi. El cerebro de Al Fatah | 118 |
| George Habash. ¿Por qué se ponen las bombas en los aviones?..... | 137 |
| Rashida Abhedo. La mujer que perpetró la matanza | 154 |
| Husein de Jordania | 175 |
| TERCERA PARTE. <i>La caza al judío</i> | 195 |
| Múnich 1972. El testimonio de los supervivientes | 197 |
| Golda Meir | 219 |
| Vivir en Israel | 232 |
| CUARTA PARTE. <i>Los que mandan en Oriente Medio</i> | 289 |
| Mohammad Reza Pahlavi | 291 |
| Husein de Jordania | 309 |
| Ahmed Zaki Yamani | 323 |
| Jomeini | 343 |
| Gadaffi | 355 |
| Sharon | 362 |

| | |
|--|-----|
| QUINTA PARTE. <i>Crónicas desde el desierto</i> | 377 |
| A ocho mil metros sobre las alas de la guerra | 379 |
| La guerra invisible de los mulás | 389 |
| En el desierto ya se siente el olor de la sangre | 395 |
| La guerra vista desde el frente | 402 |
| Fiesta en Kuwait capital | 409 |
| Tiempo de rencor | 417 |
| La desesperada huida del prisionero iraquí | 425 |
| La nube negra sobre el Golfo | 437 |
| Una herida invisible | 442 |
| | |
| SEXTA PARTE. <i>La comedia de la tolerancia</i> | 457 |
| La rabia y el orgullo | 459 |
| Yo encuentro vergonzoso | 466 |
| Y, sin embargo, no estoy enfadada con Francia | 471 |
| <i>Wake up</i> , Occidente, despierta | 476 |
| Carta abierta a los florentinos | 487 |
| La rabia, el orgullo y la duda | 495 |
| Nosotros, los caníbales, y los hijos de Medea | 505 |
| Europa en guerra tiene al enemigo en casa | 525 |
| Saltar por las cataratas del Niágara | 541 |
| | |
| <i>Nota del editor</i> | 563 |

PRIMERA PARTE
MUJERES SIN VELO





Una guerra que acaba de comenzar

La mujer más sabia que he conocido durante este viaje, la rajkumari Amrit Kaur, hija del rajá de Kapurthala, secretaria de Gandhi durante dieciséis años y, durante otros cinco, reclusa de una prisión de Delhi, me dijo un día que las mujeres son iguales en todo el mundo, no importa la raza o el clima o la religión a los que pertenezcan, porque la naturaleza humana es la misma en todas partes y el mundo es cada vez más igual: sin color y sin sorpresas. En esto último la maharaní sí llevaba razón. En la jungla de Negeri Sembilan [Malasia] se monta en bicicleta y se cose a máquina; en los harenes de Yemen se usa el teléfono; a los pies de las antiguas estatuas de Buda se construyen rascacielos y fábricas de Pepsi Cola; en la jungla urbana de Shau Kei Wan, China, se silban las cancioncillas de un italiano llamado Domenico Modugno; y, prácticamente en todas las partes del mundo, las mujeres aprenden a imitar nuestros feos vestidos europeos, nuestros estúpidos zapatos de tacón, nuestra absurda manía de competir con los hombres: se hacen policías, llegan a ministras, se sienten felices disparando un *bazooka*. Y, sin embargo, por muchos modelos franceses que se puedan vender en los almacenes de Tokio, por muchas teorías feministas que se puedan vocear en los mítines de Bombay, por muchas academias militares que se puedan abrir en Pekín o en Ankara, no es cierto que las mujeres sean iguales en todo el mundo.

He visto, durante este viaje, a mujeres de todo tipo. He visto a maharanís destronadas que aún poseen kilos de esmeraldas, guardados en cofres de marfil, que ninguna reforma social conseguirá incautar jamás, y he visto a las prostitutas de Hong Kong que, por

diez dólares, venden su cuerpo y su dulzura a europeos sedientos de exotismo. He visto a las matriarcas malayas, las felices supervivientes de una comunidad en la que a los hombres no se les concede más importancia que la que se le da a un grano de arroz, y he visto a musulmanas cuyas vidas valen menos que las de una vaca o un camello. He visto a mujeres que pilotan aviones a reacción por los cielos de Eskisehir [Turquía], y he visto a las geishas de Kyoto que, a los doce años, aprenden a complacer a los ricos en las casas de té. He visto a princesas ataviadas con kimono, hijas de un emperador que desciende del Sol, casadas con empleados de banca que ganan cuarenta mil liras al mes, y he visto a las últimas polinesias de Hawái que, en medio del océano Pacífico, ya convertidas en ciudadanas de los Estados Unidos, sueñan con hacer carrera en Nueva York. Pero ninguna de ellas era igual.

En el mundo existen mujeres que, aún ahora, viven tras la tupida neblina de un velo que, más que un velo, es una sábana que las cubre desde la cabeza a los pies, como si fuera un sudario, para mantenerlas ocultas a la vista de cualquier hombre que no sea su marido, un niño o un esclavo castrado. Esa sábana, da igual cómo se llame, si *pardah* o *burka* o *pushi* o *kulle* o *djellabah*, tiene dos orificios a la altura de los ojos o una especie de rejilla de dos centímetros de altura y seis de ancho, y es a través de esos orificios o de esa rejilla por donde las mujeres miran el cielo y a la gente: como si miraran a través de los barrotes de una cárcel. Esta cárcel se extiende desde el océano Atlántico hasta el océano Índico, recorriendo Marruecos, Argelia, Nigeria, Libia, Egipto, Siria, Líbano, Iraq, Irán, Jordania, Arabia Saudí, Afganistán, Pakistán, Indonesia: el mundo del Islam. Y aunque todo el Islam se vea ahora sacudido por los vientos de la rebeldía y el progreso, las normas que rigen para las mujeres son las mismas e inmutables reglas que regían hace siglos: el hombre es su dueño y señor y a ellas se las considera unos seres tan inútiles e insignificantes que, a veces, cuando nacen, ni siquiera son inscritas en el registro civil. Con frecuencia, carecen de apellido, y de carné de identidad porque hacerles fotos está prohibido, y ninguna de ellas conoce el significado de esa extraña cosa a la que

en Occidente llaman amor. El hombre que las toma como esposas, mejor dicho, como a una de sus esposas, las compra mediante un contrato, igual que se compra una vaca o un camello, y ellas no pueden elegirlo, o rechazarlo, o verlo antes de que él entre en la alcoba y las posea sexualmente. Fue el caso de la pequeña novia sin nombre ni dirección ni voz que vi en Karachi [Pakistán], la noche de su boda.

Había ido a Karachi porque quería escribir sobre las mujeres musulmanas. Eran las diez de la noche y me encontraba en el jardín del Beach Luxury Hotel cuando la vi. Al principio, no me di cuenta de que era una mujer porque, desde lejos, no me parecía una mujer: me explico, no me parecía un ser humano, con una cara, un cuerpo, dos brazos y dos piernas. Me parecía un objeto inanimado, un fardo frágil e informe que unos hombres vestidos de blanco transportaban hacia la salida del hotel con extremo cuidado, como si tuviesen miedo de que se rompiera. El fardo estaba cubierto, como las estatuas en Occidente antes de que las inauguren, por un cortinón de tela, una tela roja, de un rojo chillón y color sangre, interrumpido por bordados de oro y plata que, a la luz de los faroles que colgaban de las palmeras, refulgían con un brillo ligeramente siniestro. Por fuera de aquel fardo rojo con bordados de oro y plata no se veía nada. No se veían manos, ni pies, ni una sola forma que recordase a las formas de un ser vivo. Y, sin embargo, el fardo se movía. Lentísimamente, como una larva que se arrastra hacia un agujero sin saber qué la aguarda dentro del agujero. Detrás del paquete caminaba un joven, de cara tersa y redonda, con una guirnalda de flores, vestido con una casaca de damasco dorado y pantalones dorados ceñidos a los muslos y a los tobillos, según la costumbre de los paquistaníes y los indios. Le seguían más hombres, algunos vestidos como él, pero de blanco, otros a la europea. Luego iban unas cuantas mujeres con sari, y el cortejo avanzaba sin ruido, o palabras, o risas, o un poco de música: como si fuera un funeral. Solo se escuchaba el graznido de los cuervos, revoloteando sobre el fardo. Pero el fardo ni se inmutaba por ellos, como le pasaría a un fardo que ni oye ni ve.

—¿Qué es eso? —le pregunté al paquistaní que tenía delante.

—Oh, nada —respondió—, una mujer.

—¿Y qué hace? —pregunté.

—Oh, nada —respondió—, casarse.

—¿La conoce? —pregunté.

—Claro —respondió—, soy uno de los invitados, voy a ir con ellos a su casa.

—¿Puedo ir con usted? —pregunté—, déjeme acompañarle, por favor.

—Imposible —dijo—. Una boda musulmana es un asunto privado y no se permite la presencia de periodistas, mucho menos de fotógrafos.

Luego se lo pensó mejor. El señor Zarabi Ahmed Hussan era un paquistaní muy amable, había estudiado en Cambridge y le encantaba cometer locuras, si era para ayudar a los demás.

—Puede venir conmigo, pero con una condición —añadió—, no publique el nombre del esposo si su dirección.

—Tampoco publicaré el de la esposa —prometí.

—Ese da igual —dijo el paquistaní—, la esposa da igual.

Lentísimamente, con su paso de larva asustada, el fardo rojo había llegado a la calle.

—¿Por qué camina así? —le pregunté al paquistaní—, ¿está ciega?

—No; es que lleva los ojos cerrados —respondió.

—¿Y por qué lleva los ojos cerrados?

—Porque no debe ver a su marido —respondió.

—¿No lo ha visto ya?

—No. No lo ha visto jamás —respondió—. Sus padres lo han visto por ella.

El novio se subió al primer coche. Se había quitado la guirnalda de flores, era muy joven y parecía contento. El paquistaní me dijo que él tampoco conocía a la novia, pero que había visto una foto suya y que esperaba que le gustase en persona. Si no le gustaba, tampoco pasaba nada, podía conseguir sin problemas a otra mujer: dinero no le faltaba. El fardo rojo, en cambio, fue depositado en

el segundo coche; algunas mujeres se sentaron a su lado. Los invitados, el fotógrafo y yo incluidos, subieron a otros coches y nadie nos preguntó quiénes éramos ni qué queríamos. El paquistaní había dicho que éramos unos amigos suyos, un poco locos, de Cambridge. La caravana de coches se puso en marcha. Viajamos durante media hora, en medio de la oscuridad. Luego, la caravana se detuvo delante de una casa moderna, recién encalada, y nos fuimos bajando todos, mientras alguien obligaba a una cabra a dar vueltas alrededor del novio, para augurarle prosperidad. La casa carecía casi de muebles, como la mayoría de las casas musulmanas, y estaba cubierta de alfombras. En el primer piso, acurrucada sobre una alfombra y rodeada de mujeres que la consolaban con palabras misteriosas, se encontraba el fardo, es decir: la novia.

Tenía la cabeza apoyada sobre las rodillas, y por fin se notaba que era una mujer porque de entre todo aquel montón de rojo con incrustaciones de oro y de plata salían dos pies minúsculos, con las uñas y las plantas pintadas de rojo. Entre las rodillas, además, pendía una mano que también era minúscula, con las uñas y las palmas también pintadas de rojo. Lloraba y, a cada sollozo, los hombros le daban un respingo hacia arriba y luego volvían a bajar, como el hipido de un animal herido. Parecía muy pequeña, así, acurrucada sobre el suelo, y daban ganas de hacer algo por ella: de ayudarla a huir, por ejemplo.

—¿Quiere usted verla? —me preguntó el paquistaní.

—Sí, me gustaría verla —dije—, si no es una molestia.

—No, ¿por qué iba a serlo? Es solo una mujer —dijo el paquistaní.

Luego les pidió a las mujeres que descubrieran el rostro de la novia para que pudiéramos verlo. Las mujeres le alzaron el velo, pero no le pudimos ver la cara porque la tenía apretada contra las rodillas. Entonces una mujer introdujo la mano entre la cabeza y las rodillas de la novia, la agarró por el mentón y le levantó la cabeza para que le viéramos la cara.

Era una cara de niña, olivácea, cubierta de maquillaje, pero de rasgos tan infantiles aún que parecía la cara de una niña que se ha

maquillado como una mujer para jugar a las señoras. Tenía quince años, me dijeron, y sus párpados estaban cerrados, cubiertos de polvos plateados. Entre las pestañas, largas, sedosas, descendía lentamente una lágrima.

—Dígale que no tiene motivos para llorar —me dijo el paquistaní—, puede hablarle en inglés, ha ido a la escuela, lo entiende.

Me arrodillé, pues, sobre la alfombra y le dije que no tenía motivos para llorar. Había visto al novio, le dije, era guapo y tenía aspecto amable. Ella movió los labios, pintados de un rojo oscurísimo, y pareció a punto de decir algo, pero no llegó a hacerlo. Se dio la vuelta, en cambio, hacia una de las mujeres y susurró, en paquistaní, una frase muy corta.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Quiere saber si es verdad que el novio tiene aspecto amable —tradujo la mujer.

—Tiene un aspecto muy amable —insistí—, y estoy segura de que se enamorará de ella profundamente y de que la querrá mucho.

Esta vez la novia pareció no entender y le susurró algo al oído a la misma mujer de antes.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Quiere saber qué significa lo que ha dicho usted —dijo la mujer y se rio, como si yo hubiese dicho algo muy gracioso. El paquistaní intervino:

—Lo que ha querido decir es que tendrás muchos hijos con él.

Luego se alejó porque la novia tenía que ir al dormitorio para aguardar allí al novio.

El dormitorio era la única habitación de la casa que estaba totalmente amueblada. El novio, como era un hombre moderno, había comprado muebles muy europeos, color caoba brillante, con espejos y tiradores de plástico. La cama tenía sábanas azules y la colcha era de raso de color rosa, con encajes. En medio había una muñeca americana, de esas que se compran en Macy's por quince dólares. Cogieron en volandas a la novia y la depositaron al lado de la muñeca, como si tuviese que jugar con ella. Le quitaron el espeso velo y se quedó con el traje de boda: pantalones rojos de raso y ca-

saca también roja y de raso, de manga larga. Era muy guapa y cuando abrió, por fin, sus párpados hinchados, sus ojos también me parecieron muy hermosos, tan llenos de resignación y de miedo. Había dejado de llorar, incluso sonreía un poco, pero cuando su suegra les dijo a las demás mujeres que se fuesen y la dejó sola, en la oscuridad, aguardando, sentada en la cama, a un marido al que no había visto jamás, los sollozos volvieron a oírse de nuevo.

Eran unos sollozos cortos, ahogados, como los de un niño al que han castigado sin que él sepa por qué, y se oían claramente a través de la puerta entreabierta, pero las mujeres no hacían caso de ello y se reían, recostadas sobre la alfombra, mientras comían arroz con curry.

—Se siente muy desgraciada, quizá habría que decirle algo —insinué.

—Oh, no. Ya se lo he dicho todo. Y además, las novias siempre se sienten desgraciadas. Yo estuve llorando durante tres días y tres noches cuando me casé. ¿En Occidente no lloran? —respondió la suegra.

—Depende —dije—, a veces lloran, aunque se sientan felices, y a veces se ríen aunque se sientan desgraciadas. En Occidente es distinto.

—¿Por qué es distinto? —preguntaron a coro.

—Porque, por lo general, las mujeres eligen ellas mismas a su marido —respondí—. ¿A vosotras no os gustaría elegir a vuestro marido?

Eran mujeres desenvueltas y modernas, tan modernas que se habían dejado hacer fotos sin velo. Ante mi pregunta, sin embargo, me miraron fijamente, en silencio, como si la sorpresa les hubiese cortado las cuerdas vocales. Luego, todas juntas a coro, contestaron: «¡Oh, no!».

—¿Por qué? —pregunté.

—¿No le parece que el tener que elegir ella misma a su marido coloca a la mujer en una situación muy humillante? —exclamó la más joven—. Para elegir marido, una mujer tiene que procurar estar a todas horas lo más guapa posible, parecer siempre muy inte-

resante, seducirlo a fuerza de miradas, con su conversación... Eso no es digno ni decente.

—Una amiga mía, de Londres, me explicó una vez cómo buscan marido las chicas europeas —dijo otra— y, por lo que pude entender, es un esfuerzo agotador y, con frecuencia, también estúpido. Para que un hombre se fije en ellas, me dijo, las chicas fingen siempre ser mejores de lo que son y, cuando los hombres se fijan por fin en ellas, continúan fingiendo para conseguir que se casen con ellas. Luego, cuando ya están casadas, actúan por fin sin fingimientos y entonces, misteriosamente, el matrimonio fracasa. ¿Es así?

—Más o menos —respondí—. Mejor dicho, eso es lo que ocurre la mayoría de las veces. Pero no siempre consiguen que se casen con ellas.

—¿De verdad? —dijeron a coro—. ¿Y qué pasa entonces?

—Nada —dije—. Vuelven a empezar desde el principio, pero con otro.

—¡Oh! —exclamaron, incrédulas.

—Yo sería incapaz de elegir marido —dijo la más joven—, de jóvenes no tenemos cabeza para hacerlo; pero mis padres sí, y buscarán un marido adecuado para mí. Será el año que viene, cuando acabe el colegio. ¿En Occidente no hay matrimonios arreglados?

—Algunos hay —admití—. Hay gente que hasta pone un anuncio en el periódico y gente que recurre a una agencia.

—¡Qué vulgar! —exclamó la chica.

—A veces, sin embargo, los futuros cónyuges lo hacen todo ellos solos; entonces se dice que ha sido un matrimonio por amor —expliqué.

—¿Y ese amor dura toda la vida?

—Algunas veces —dije—, pero es muy raro. A veces se cansan el uno del otro y llegan incluso a odiarse.

—Qué absurdo —dijo la suegra—, ¿qué necesidad tienen de amarse o de odiarse?

—Tiene aspecto de haber recibido una bonita lección —me dijo el paquistaní cuando me uní a él en el refrigerio del que estaban excluidas las mujeres.

El paquistaní se encontraba junto al novio, que no parecía sentir impaciencia alguna por reunirse con la esposa niña que estaba llorando en la oscuridad. Cuando le felicité, me miró desconcertado, sin entender por qué le estaba felicitando.

—No lo sé —le contesté al paquistaní—, no estoy muy segura de que la lección que he recibido haya sido bonita. ¿Por qué le ha dicho a la novia que iba a tener muchos hijos con él?

—Porque si le da muchos hijos no la repudiará —respondió.

—¿Cree que querría repudiarla? Es tan joven y tan guapa...

—¿Y eso qué importa? —respondió—. ¿Para qué te sirve una mujer joven y guapa si no te da hijos? Uno se casa con una mujer para que esta le dé hijos. Una familia sin hijos no es una familia.

—Me gustaría —exclamé— verle la cara a un tipo que ha repudiado a su mujer, aparte del sah de Irán.

—Qué manía con el pobre sah —respondió—. ¡Como si en Occidente nadie repudiase a su esposa!

Esta franja de la tierra en la que no existen mujeres solteras, ni matrimonios por amor y en donde $2 + 2$ no siempre suman 4, abarca a más de seiscientos millones de personas, la mitad de las cuales, calculando a ojo, son mujeres. El Islam es inmenso, y Pakistán es una minúscula parte del Islam, una de las más avanzadas, sin duda. No se puede pretender entender la realidad de las mujeres musulmanas observando solo Karachi. En Arabia Saudí, donde el visado se les niega a los periodistas, a los turistas y a las mujeres, la realidad es más desconcertante. Allí existen harenes como los del rey de Yemen, al que vimos el año pasado en Europa, paseando con una treintena de esposas. La que esto escribe, sin embargo, ha estado en Irán, en Iraq, en Marruecos: el cuadro es más o menos el mismo. La primera impresión que recibe una mujer occidental al llegar a países rigurosamente islámicos, como Pakistán, es que es la única mujer que ha sobrevivido a un diluvio universal en el que se han ahogado todas las demás mujeres de la tierra.

No hay una sola mujer en el autobús que te lleva, a las tres de la mañana, desde el aeropuerto al centro de Karachi. No hay una sola mujer en el *hall* del hotel, ni por las escaleras, ni en el ascensor,

ni a lo largo del pasillo que conduce a tu habitación. Es un hombre quien limpia tu alcoba, y es un hombre quien te plancha la ropa o te cose los botones. Es un hombre el que te atiende en el restaurante y la voz que te responde desde la centralita cuando descuelgas el teléfono es la de un hombre. En resumen, no ves a ninguna mujer salvo que salgas a la calle. Por la calle caminan, reclusas en la cárcel del *purdah*, como fantasmas de una pesadilla. Y la pesadilla de esos fardos de tela sin cara ni cuerpo ni voz te persigue por todas partes hasta que, con tu cara al descubierto, y tus brazos al descubierto, y tus piernas al descubierto hasta las rodillas, te sientes como si te hubieran desnudado y estuvieses expuesta a mil peligros. Son peligros inexistentes: a los escasos hombres que osan rozar a una mujer, o seguirla, o decirle un piropo, les esperan las penas más duras.

No existe el ligoteo en los países del Islam: el respeto formal hacia la mujer es absoluto. Y, sin embargo, las mujeres no pueden mezclarse con los hombres ni en la mezquita, ni en el tranvía, ni en el cine, ni en una recepción. Los maridos modernos van a las recepciones acompañados de sus esposas pero, apenas llegan a la puerta, las mujeres se dirigen hacia la sala de las mujeres y los hombres a la de los hombres. Una vez, al intentar subir a un tranvía, los otros viajeros, azorados y sorprendidos, me lo impidieron a empujones: había entrado en el recinto de los hombres. Tuve que bajarme y subir al de las mujeres, que consiste en un único banco corrido, situado detrás del conductor y separado de las otras filas de asientos por una tupida rejilla; y ahí las mujeres con *purdah* te miran a través de los pequeños orificios de la sábana con pupilas cargadas de un involuntario reproche porque tu cara está desnuda, tus piernas están desnudas, y eso ofende a los hombres y a Alá. Sobre todo, te miran así, con esas pupilas, si vas sola por la calle: las mujeres musulmanas es muy raro que vayan solas por la calle. Por lo general, van en grupo, o con los niños, o con el marido, que camina, como mínimo, tres pasos por delante, para dejar muy claro que el dueño y señor es él. A veces, no se sustraen a esta regla ni siquiera las jóvenes más avanzadas, las que estudian. Las ves salir del insti-

tuto enfundadas como monjas en su sábana. Resulta doblemente desconcertante porque entre ellas, con frecuencia, hay también paquistaníes con el rostro descubierto que, valientemente, declaran que el velo, además, es antihigiénico, que impide respirar a la piel, transmite enfermedades y debilita la vista. Son estas jóvenes avanzadas las que en los mítines políticos discuten con la misma decisión que un hombre y las que en los desfiles militares desfilan con los calzones blancos del Punjab, junto a los soldados.

El anacronismo es cruel: por la calle, todavía se ven coches con cortinillas: son los coches de las mujeres musulmanas ricas, a las que no les basta con esconder la cabeza dentro del *pardah*. En las casas, es muy raro que puedas ver a alguna mujer, eso suponiendo que algún musulmán te invite. En las casas no llevan velo y, si por casualidad o intencionadamente, te equivocas de puerta y entras en el recinto reservado a las mujeres, te recibe un coro de gritos agudísimos. Son las esposas o las hijas que huyen. Una amiga mía de Karachi que tiene desde hace tres años al mismo jardinero a su servicio afirma que, en estos tres años, jamás ha visto a su mujer y a su hija sin velo. «Creo», dice, «que su mujer y su hija nunca se han dejado acariciar por el sol. Su casa tiene celosías».

Hace mucho sol en los países del Islam: un sol blanco, violento, cegador. Pero las mujeres musulmanas no lo ven jamás: sus ojos están acostumbrados a la oscuridad, como los ojos de los topos. De la oscuridad del vientre materno pasan a la oscuridad de la casa paterna; de esta, a la oscuridad de la casa conyugal y, de esta, a la oscuridad de la tumba. Y, sumidas en esa oscuridad, nadie se fija en ellas. Preguntar a un musulmán sobre las mujeres es como preguntarle sobre un vicio secreto. Cuando le dije al director de un periódico paquistaní: «He venido a escribir un artículo sobre el problema de las mujeres musulmanas; ¿puede proporcionarme material?», él se encabritó y me contestó: «¿De qué problema habla? No existe el problema de las mujeres musulmanas». Luego me entregó un paquete de folios escritos a máquina en los que se hablaba de los vestidos de las mujeres musulmanas, de las joyas de las mujeres musulmanas, del maquillaje de las mujeres musulmanas, y de

cómo las mujeres musulmanas usan aceite de coco para abrillantar sus cabellos, de cómo usan henna para teñirse de rojo las palmas de las manos y las plantas de los pies, de cómo usan el antimonio mezclado con agua de rosas para teñirse las cejas y las pestañas. «Esto», me dijo, «es todo lo que hay que saber sobre las mujeres musulmanas».

Son las mujeres más infelices del mundo, estas mujeres con velo. La paradoja es que no saben que lo son porque no saben qué existe más allá de la sábana que las aprisiona. Sufren, y punto, como la Madre del Ausente, a la que conocí una mañana en Karachi, y no osan siquiera rebelarse. Esa mañana había ido a conocer a la begum Tazeen Faridi, que dirige en Karachi la All Pakistan Women Association. La begum es una señora oronda y dorada como una manzana reineta a la que le gusta definirse a sí misma como «una musulmana que no lleva velo y posee un apellido». Su cuartel general es una pequeña oficina, prudentemente sin letreros ni placas, ante la que los musulmanes que están al tanto de lo que es pasan con la misma mueca de horror en la cara que, antialcohol como son, pondrían ante un vaso de whisky. Y el principal interés de su vida, además de un marido monógamo, es el progreso de las mujeres musulmanas. Con las Leyes y el Corán en la mano, la begum lucha como una gata rabiosa contra la poligamia, y es tan moderna que, tiempo atrás, intentó incluso enviar a una Miss Pakistán al concurso de Miss Universo que tiene lugar en Long Beach. Doce damas musulmanas, capitaneadas por Tazeen Faridi, evaluaron a Miss Pakistán en traje de baño, y doce caballeros musulmanes la evaluaron inmediatamente después con el *purdah*. Obviamente, los caballeros musulmanes no consiguieron evaluar gran cosa, pero se fiaron del criterio de la begum y decidieron que así, tapada, Miss Pakistán podía ir a Long Beach. «Al final no fue», dice con un suspiro de resignación Tazeen Faridi, «el *Times* de Karachi reveló que la chica iba a tener que exhibirse en bañador delante de doce millones de espectadores de televisión y por poco no la linchan».

Estaba, pues, hablando con Tazeen Faridi cuando la Madre del Ausente llegó. Lo hizo mirando recelosamente a sus espaldas, casi

como si temiese que la estuviese siguiendo una horda de mulás decididos a raparla, y su burka negro no tenía ni siquiera los dos agujeritos a la altura de los ojos. «Quítate ese trapo», le dijo Tazeen Faridi en inglés. Y, como la mujer no se decidía a hacerlo, se lo quitó ella misma con gesto autoritario. Debajo había una mujer de unos cuarenta años, morena y empapada de sudor, cubierta de joyas y de moratones. No se atrevía a hablar delante de una extraña pero, al final, habló. Esto es, palabra por palabra, lo que contó, según la traducción de Tazeen Faridi.

«Yo tenía catorce años y él treinta y dos. Mis tías y mis primas me dijeron que él tenía la nariz comida por la viruela, pero que me tomaba a cambio de tres mil rupias y que, con lo fea que era yo, no podía aspirar a nada mejor. Se intercambiaron dulces y regalos, firmaron el contrato y él me llevó a su casa. Me puso a un adolescente de trece años para que me vigilase; él solo miraba al adolescente y a mí no me prestaba atención alguna. Por fin, me prestó un poco de atención y, cuando llegó el momento del parto, yo me sentí muy mal. No había doctora, solo un doctor, pero a una mujer no puede verla desnuda un doctor, así que el niño murió. Luego llegó la doctora, pero mi hijo ya había muerto y la doctora me dijo que no podría tener más hijos. Así que yo me convertí en la Madre del Ausente y él fue generoso porque no me echó de casa. Tomó a otra esposa y cuando ella parió a su hijo fui yo quien la tuvo que ayudar. Él nos mantenía de la misma forma, como quiere el Corán, y nos regalaba las mismas joyas, pero a mí me pegaba, y la doctora decía que yo podía pedir el divorcio, pero a mí me daba vergüenza el juicio, y además no tenía dinero para el juicio y además, una mujer divorciada ¿a dónde va, qué puede hacer? Ahora él ha visto a una joven. Cuesta treinta mil rupias, pero quiere tomarla como esposa. No hay sitio para tres, y yo ya soy vieja. Así que ha dicho: “*Talák, talák, talák*” y me ha repudiado. La doctora me ha dicho que venga aquí. Pero ahora, ¿a dónde voy?, ¿qué hago?».

La begum no acusó emoción alguna ante el relato, igual que un médico permanece impassible ante el dolor de estómago de sus pacientes, y le prometió a la mujer que intentaría buscarle sitio en

alguna institución o con alguna familia que estuviese buscando una criada o en algún hogar para viudas aunque ella no era una viuda, por lo que lo veía difícil. Luego me explicó que en el Islam una mujer no puede vivir sola, aunque trabaje.

Si vive sola significa que es una mujer perdida. «Ve, por eso no hay mujeres solteras y el repudio es lo mismo que la muerte civil. Según el nuevo código, la mujer puede solicitar el divorcio, afrontando el juicio y el escándalo, pero al hombre le basta con decir *talák talák talák* y queda libre como un pájaro: sin la obligación de pasarle una pensión alimenticia. ¿Comprende?».

—No, no lo comprendo —respondí—. ¿Es que no se quieren nunca?

—A veces sí —dijo Tazeen Faridi—, pero les avergüenza decirlo, como si fuera algo de lo que sentirse culpables. Nosotros no tenemos historias de amor.

—Imposible —dije—, intente recordar alguna historia de amor.

—¡Raiza! —Tazeen Faridi llamó a su secretaria—, ¿tú conoces alguna historia de amor?

—*Las mil y una noches* —respondió Raiza, riendo.

—No, una historia real —dije.

—Raiza —dijo Tazeen Faridi—, mi amiga italiana se refiere a una historia real, una historia que haya pasado de verdad.

Raiza seguía riéndose.

—¡Vaya idea! Déjeme pensar... —dijo Raiza, rebuscando en su memoria, sin dejar de reírse—. Está la historia del sij.

—No quiero la historia de un sij, quiero una historia entre un musulmán y una musulmana —respondí.

—El sij se convirtió al Islam —dijo Raiza.

Ya habíamos encontrado una historia de amor. Tazeen Faridi no la recordaba y tuvo que ir a buscarla en el *Times*, que la publicó tiempo atrás. La historia, resumida brevemente, era la siguiente. Boota Singh era un sij de treinta y tres años y vivía en Calcuta. Se enamoró de Mohinder, que era una musulmana de once años, y se casó con ella, comprándola por mil quinientas rupias. Boota Singh

y Mohinder vivieron juntos seis años y tuvieron dos hijas; luego llegó la ley paquistaní conocida como *The Recovery of Abducted Women Act* y Mohinder tuvo que regresar a Pakistán sin su Boota Singh. Boota Singh amaba a Mohinder: se convirtió al Islam y al año siguiente se reunió con Mohinder en Lahore. Pero a Mohinder la había tomado como esposa otro hombre, por diez mil rupias, y no quiso ver a su Boota Singh. Entonces Boota Singh fue a la estación y se arrojó debajo de un tren.

Le dije a Raiza que era una historia muy hermosa, pero Raiza sacudió la cabeza y respondió que era una historia ridícula. «Solo un sij puede ser tan idiota como para arrojarse debajo de un tren por una mujer. Hay muchas mujeres en el mundo. Podía buscarse a otra». Les conté la historia a todas las mujeres musulmanas que conocía en Karachi y todas contestaron que la historia era un poco tonta. A los ingleses, sin embargo, sí les ha gustado. Van a hacer una película titulada *Boota Singh, love story of the century*.

